

MARÍN MENA, Tomás J.: *Alteridad y Amor. Estudio de ontología trinitaria*. Secretariado Trinitario, Salamanca 2023, 371 pp. ISBN: 978-84-18201-06-6.

Una de las características más transversal y profunda de la teología sistemática cristiana es la paradoja. Si en su significado ordinario se entiende por este término algo contradictorio, absurdo o que simplemente viola las leyes de la racionalidad, su acepción teológica es sustancialmente diferente.

En el discurso teológico, la paradoja no destruye la razón, sino que apunta más allá de ella. Lo paradójico no es lo ilógico, sino aquello que supera los límites de la razón finita. La encarnación del *Logos*, por ejemplo, no es paradójica por ser absurda, sino por trascender, superar y desbordar cualquier tipo de expectativa que pudiera albergar el modesto *logos* de las figuras creadas.

Las paradojas teológicas siempre dejan traslucir elementos en tensión. Trenzan discursos entre polaridades cuyos extremos parecen empujar en direcciones opuestas. Son realidades vivas, en movimiento y en un proceso de constante constitución y apropiación que, por el contrario, muere cuando se congela y se cristaliza en fórmulas estáticas, privadas ya de toda fuerza de evocación. Por esta razón, las paradojas teológicas nunca están libres de ser reducidas a meras contradicciones lógicas, ayunas de potencia religiosa y huecas de significación. Conviene insistir en que esto no es su esencia, sino su más lamentable degradación.

En este sentido, es un tópico afirmar que tal peligro ha afectado muy principalmente a muchos intentos teológicos de adentrarse en el misterio trinitario de Dios. De hecho, el principal impulso de la teología trinitaria del siglo pasado parece haber consistido en recuperar la vitalidad originariamente bíblica de la economía de la salvación para infundir movimiento, aliento y espíritu a las formulaciones especulativas de la tradición que, sirviéndose de conceptos griegos y latinos como *ousía*, *substancia*, *prosopon*, *persona*, *perijóresis*, *circumincessio*, etc., habían querido, en su momento y por motivos principalmente soteriológicos, explorar el insondable e inefable ámbito de la trinidad inmanente.

Pero la reflexión teológica más reciente ha querido ir mucho más allá. No tanto en el intento de emboscarse en las profundidades del misterio de Dios, sino, a su luz, en la pretensión de reinterpretar y reorientar los axiomas básicos del pensamiento filosófico y teológico de la modernidad. Este es el marco en el que, a mi juicio, hay que recibir y acoger las sugerentes aportaciones de la llamada "ontología trinitaria". Y es que la clásica pregunta de la filosofía primera —orientada principalmente al interrogante del ser en cuanto ser— que la modernidad focalizó en el individuo —en el sujeto pensante y cognoscente— es ahora repensada en una nueva clave que, sin embargo, es notablemente antigua: el principio de todos los principios, lo último de lo más último, el fundamento no originado de todo lo real no es ni un ser oceánico, genérico y universal, sin rostro identificable, ni un individuo aislado, particular y concreto, que se crea a sí mismo desde su propia libertad. Ni el ser de los antiguos ni el sujeto de los modernos (mayormente en



el idealismo) guardan el secreto último de todo cuanto existe. Ese secreto habita en la paradoja del misterio trinitario de Dios, en el que la alteridad y el amor constituyen los movimientos opuestos pero complementarios, diferentes pero recíprocos, iguales pero asimétricos, que dan figura e identidad a un único Dios personal, en la comunión de las tres *hipóstasis* del Padre, el Hijo y el Santo Espíritu. Y lo más decisivo de esta perspectiva es que no tiene únicamente la intención de ser una aproximación teológica al misterio divino, sino una interpretación de la estructura de la realidad, del ser humano, de la sociedad, de la política y de la historia. Pues, si es cierto que lo primero y lo último es la persona —el carácter personal de un Dios que es comunidad de amor— entonces, toda persona humana —creada a su imagen y semejanza— está igualmente dotada de un valor infinito y de una dignidad inalienable que ningún sistema económico o político pueden legítimamente obviar. La ontología trinitaria no es sólo pensamiento especulativo, sino también praxis personal, existencial y social explícitamente inspirada en el Jesús de Nazaret de la tradición neotestamentaria.

Las cuatro partes del ensayo de Tomás J. Marín Mena, *Alteridad y Amor*, analizan y exponen con orden y claridad todas estas cuestiones.

Precedido de un extenso prólogo de Xabier Pikaza, el lector se encuentra primeramente con una introducción en la que se anuncia el contenido y la estructura del estudio. Su idea principal parece consistir en probar que “los conceptos de alteridad y amor [...] pueden articular una ontología trinitaria” (p. 53). Su alcance no consiste en una “ontologización de Dios”, sino, mejor, en una “trinitarización de la realidad” (p. 61). No es, por tanto, la cuestión del ser la que, de forma ascendente, ilumina el misterio de Dios, sino que, al revés, es el misterio trinitario de Dios —revelado en la economía de la salvación— el que “descubre nuevas posibilidades para lo real” (p. 62).

No bien se avanza en la lectura, la tensión entre polaridades salta a la vista. La primera parte del ensayo se centra en dos pensadores que, a juicio del autor, enfatizan lo que él llama una ontología relacional de la inmanencia y la violencia. El carácter dialéctico de esta ontología de la inmanencia lo representa G. W. F. Hegel. El acento en la diferencia lo pone G. Deleuze. También M. Heidegger estaría incluido en esta ontología de la inmanencia, aunque el autor lo estudia posteriormente en contraste con la obra de E. Levinas. El autor considera que “Hegel quita del medio al Dios cristiano para lograr el infinito en un gesto de la razón que podríamos llamar prometeico” (p. 280). A Deleuze le critica que desplace la primacía de la alteridad “en virtud de la obsesión por la vida rizomática de la *physis*” (p. 281), llegando a rechazar la trascendencia del Dios del cristianismo por un prejuicio pagano. Estas ontologías de la inmanencia, para el autor, no calibran adecuadamente la importancia de la alteridad.

Algo que, por contraste, parece estar mejor comprendido en los autores que se estudian en la segunda parte de la obra. F. Rosenzweig, contra Hegel, desarrolla una ontología anti-totalitaria, que M. Buber y S. Weil exploran en su vertiente más dialógica e interpersonal. E. Levinas, contra Heidegger, enriquece el pensamiento con una ontología de la alteridad asimétrica que identifica a la ética como verdadera filosofía primera. Pero tampoco este acento de las ontologías filosóficas de la alteridad y la trascendencia, pese a sus muchos aciertos, alcanzan el equilibrio último que el autor busca en su indagación.

Esto es algo que, a su juicio, sólo se encuentra en la reflexión explícitamente teológica de la ontología trinitaria. En esta cuestión se centra la tercera parte del ensayo, de la mano, especialmente, de I. Zizioulas y G. Greshake. El teólogo ortodoxo pone el acento en el carácter fontal del Padre, siempre en relación con el Hijo y el Espíritu, subrayando así, que la reciprocidad intratrinitaria si bien es equitativa, también es asimétrica y que no hay otra realidad última o fundante de todo cuanto existe que no sea ese carácter personal y generador de la hipóstasis paterna. Marín Mena señala que, contra todo subordinacionismo, insistirá Zizioulas en que en ningún momento ha estado el Padre sin el Hijo o ambos sin el Espíritu, pero esto no implica que el Padre no sea ingénito y, a la vez, fuente generadora de filiación y inspiración.

Por su parte, G. Greshake, sin oponerse a esta consideración, acentuaría, por el contrario, una perspectiva más horizontal y circular de la trinidad, en una perspectiva de recíproca unidad en la que las personas divinas se unen en perfecta comunión. La diferencia entre ambos es sutil, pero el autor de este ensayo, ponderando con cuidado las dos posturas, parece inclinarse, más bien, hacia el lado apuntado por Zizioulas. Al menos, cuando afirma: "En la Trinidad, la gratuidad del amor entre las personas divinas es siempre recíproca, aunque asimétrica; el Padre es el origen" (p. 318). Aunque también es cierto que, posteriormente, propone, con base en Hilario de Poitiers, una equilibrada conciliación entre Greshake y Zizioulas.

En la cuarta parte del ensayo, en los tres últimos capítulos del libro, el autor se propone desarrollar las implicaciones más existenciales, más prácticas, más transformadoras de la ontología trinitaria, relacionando todo cuando anteriormente ha estudiado con la savia evangélica del NT. A este fin, expone y desarrolla tres principios cuyo fundamento se encuentra en las relaciones trinitarias —la alteridad personal, la donación gratuita y la reciprocidad de la comunión— con la intención inmediata de traducirlos y glosarlos en cuatro líneas existenciales de carácter más antropológico en las que, con un anclaje en versículos neotestamentarios, se evidencia la prioridad del otro, el amor mutuo, la gratuidad y la cruz como amor hasta el extremo.

Un largo epílogo retoma lo dicho por X. Pikaza en el prólogo y sirve de conclusión a un ensayo bien escrito, claro en su exposición, serio en sus análisis y también sugerente en todo cuando en él se apunta.

Si acaso, por animar al autor a seguir indagando, se podría finalmente anotar que, si bien es cierto que no se puede prescindir de Hegel en un estudio de estas características, no lo es menos que todo el conjunto del proyecto investigador del autor, ganaría mucho si pudiese adentrarse —cuando le sea posible y sólo si le place— en las ricas, difíciles y desafiantes reflexiones que F. W. J. Schelling desarrolló en las treinta y siete lecciones publicadas luego como *Philosophie der Offenbarung*.

A juzgar por lo que ha escrito en el ensayo que comentamos, el autor parece encontrarse en una óptima disposición para adentrarse en un nuevo desafío como el que aquí le proponemos. Ojalá se anime.

Pedro CASTELAO

castelao@comillas.edu

Facultad de Teología. Universidad Pontificia Comillas